

Mariela Avila: «Otorgar espacio a las narrativas de las exiliadas permitiría nuevos acercamientos al problema del exilio»



Mariela Avila.

El papel fundamental de las mujeres exiliadas ha quedado injustamente olvidado. Ellas han permanecido en el anonimato. A pesar de haber sufrido los mismos estragos de la guerra y el destierro que los hombres, de millones de estas mujeres no se guarda ni siquiera un nombre.

Sobre este tema, hablamos con Mariela Avila, doctora en Filosofía por la Universidad Pontificia Católica de

Valparaíso (Chile) y por la Universidad Paris 8 Saint-Denis (Francia), y actualmente investigadora del Instituto de Filosofía de la Universidad Católica Silva Henríquez en Santiago de Chile.

Además de participar en numerosos encuentros académicos, Ávila ha compilado un libro sobre el exilio y publicado diversos capítulos de libros y artículos en revistas especializadas. Entre sus líneas de trabajo se encuentran la filosofía política y la filosofía latinoamericana y en los últimos años se ha dedicado a estudiar la violencia política, los campos de concentración y el exilio, especialmente con relación a las últimas dictaduras cívico-militares del cono sur latinoamericano.

Mariela Avila ha escrito sobre la compleja relación del exilio con el espacio y el tiempo, ya que con el desarraigo se abandona forzosamente una *espacialidad*, «el lugar cotidiano que es el de los afectos, las historias compartidas y los proyectos personales y políticos».

El exilio, opina, «implica un abandono forzoso de la tierra, que es más que la tierra misma, es todo lo que la habita, todo lo que fue y las posibilidades por venir». Así lo demuestran los diversos testimonios que ha ido recogiendo en lo que llama «la otra cara del exilio», es decir, «la

imposibilidad del retorno, porque el exilio implica una salida forzada, pero también la interdicción de una vuelta a lo propio».

El discurrir espacial y temporal de una vida se rompe violentamente en el exilio, «aunque se habite una territorialidad nueva y se hilvane la temporalidad, hay cicatrices que evidencian un antes y un después de la expulsión, que marcan y definen profundamente las vidas de las exiliadas y los exiliados».

Además, agrega, «estas dislocaciones espacio-temporales del exilio no finalizan con el retorno cuando lo hubo, sino que se extienden a otras generaciones, comenzando por las de los padres y familiares de las exiliadas y los exiliados, que quedaron en el territorio y en muchos casos nunca más se vieron.

Las de las hijas y los hijos, ya sea porque se quedaron en los países de acogida o porque volvieron a la tierra de sus padres o abuelos, viviendo su propio desarraigo, y finalmente, la de las nietas y los nietos afectados en y por sus lugares de nacimiento. Por esto, el exilio no puede pensarse como algo pasado, sino que se debe afrontar como un suceso presente que sigue siendo parte de nuestro tejido social y afectando a miles de existencias».

Si bien es cierto que el exilio de carácter político castiga por igual a hombres y mujeres, esto no siempre fue así. Usted ha escrito sobre la «doble exclusión» que han padecido las mujeres exiliadas. ¿Podría explicarlo?

La letra del exilio no siempre castigó de igual modo a hombres y mujeres, pues la mujer hasta hace relativamente poco no era considerada como sujeto de derecho político.

Esto quiere decir que, hasta mediados del siglo XX —salvo algunas excepciones como Juana Azurduy y otras líderes de las gestas independentistas en el caso latinoamericano—, los edictos jurídicos de la expulsión recaían sobre los hombres como sujetos políticos. Esto no significa que las mujeres no sufrieran las penas del exilio, pero lo hacían en calidad de acompañantes, hijas, esposas, hermanas, etc., aunque mantuvieran las mismas ideas políticas del exiliado. Aunque mi campo de análisis es principalmente el relativo a los exilios dictatoriales latinoamericanos, hasta donde he podido rastrear, esta situación se repite en los diversos procesos de exilio.

El exilio es un castigo político que implica el abandono forzado del territorio y de un modo de vida, y su masificación hacia las mujeres se evidencia a partir del siglo XX si hablamos de las dictaduras cívico-militares del cono sur



latinoamericano, a partir de la década del 70. Precisamente, durante estas últimas, las mujeres fueron reconocidas como militantes políticas y, por tanto, como posible blanco de la expulsión. No obstante este contexto, las mujeres siguieron siendo excluidas, esta vez de otro territorio: el lingüístico.

La doble exclusión exiliar de las mujeres reside, en principio, en su desconocimiento como «sujetos» políticos, por lo que sus experiencias exiliares están siempre remitidas a un otro masculino. Con el reconocimiento de las mujeres como militantes y, por tanto, proclives a una expulsión «a nombre propio», se da una nueva exclusión, esta vez, del espacio de la narración.

Los textos canónicos sobre los exilios en general y sobre los del cono sur latinoamericano en particular son marcadamente masculinos, pues dejan de lado otras experiencias y vivencias como las de las exiliadas. Esto no quiere decir que ellas nada hayan dicho o escrito al respecto. Por el contrario, hay un interesante y creciente *corpus* de escritura, y sin embargo, las narrativas exiliares que se han encumbrado son las que se centran en la militancia y en los procesos políticos masculinos en el destierro y el retorno.

Por ello, otorgar espacio y valor simbólico y semántico a las narrativas de las exiliadas permitiría nuevos acercamientos al problema del exilio, porque muestran otras de sus aristas como las experiencias sexuales, cotidianas o afectivas, que no se encuentran frecuentemente en las escrituras masculinas.

Como usted menciona, un análisis más amplio de esta expulsión narrativa permite enriquecer la comprensión del papel que han tenido las mujeres exiliadas tanto dentro como fuera del territorio, ¿no es así?

En principio, habría que aclarar que el exilio es plural y que cada experiencia es única e irrepetible, porque depende de diversos factores como sexo, raza, clase, país de acogida, país expulsor, nivel de estudios, etc. Por ello, no es plausible hablar del exilio como un acontecimiento unívoco, pero sí es posible encontrar algunas situaciones que se repiten en las narrativas y que permiten un mayor acercamiento y comprensión de este suceso.

En este sentido, las exiliadas han tenido diversos y fundamentales papeles tanto en su territorio como en el exilio. Quienes fueron exiliadas del territorio y también de su cotidianidad debieron cambiar absolutamente su forma de vida tanto en lo privado como en lo público. Muchas mujeres debieron convertirse en sostenedoras de sus hogares, pues si bien ellas también fueron torturadas, cuando sus compañeros volvían de los campos de concentración «quebrados» —o directamente no lo hacían—, ellas debían tomar las riendas del hogar y mantenerlo anímica y económicamente.

Dar a conocer y denunciar en los países de acogida lo que ocurría en sus países de origen fue una tarea que ellas llevaron a cabo con mucha valentía, pues fueron las primeras en ir a declarar a organismos internacionales para denunciar públicamente lo sucedido y a todo lugar donde se las invitara para dar cuenta de la violencia política que se vivía en sus territorios. Si la memoria y su perpetuación tienen un vínculo particular con las mujeres, esto se evidencia claramente en el caso de las exiliadas, quienes en gran medida se encargaron de que las atrocidades políticas cometidas en sus países se conocieran internacionalmente y no cayeran en el olvido.

Un punto que me interesa destacar en mis trabajos es la posibilidad de observar el exilio como una ganancia, como dice la filósofa exiliada Rada Ivekovic. Esto no significa desconocer su pena y violencia, pero si observar las posibilidades que este movimiento forzado ha generado.

El ejemplo es el caso de las mujeres exiliadas latinoamericanas que provenían de culturas altamente machistas a las que el conocer y reconocer otras culturas ayudó. Además de una mayor autonomía y la posibilidad de cuestionar los roles de género asignados, muchas exiliadas tuvieron la posibilidad de alcanzar niveles de formación que en sus países hubiera sido muy difícil obtener.

Exilio, globalización, identidad

*De entre todas aquellas personas, las más dignas de lástima para mí
(como si ya me hubiera asaltado un presentimiento de mi futuro destino)
eran las que no tenían patria o, peor aún, las que, en lugar de una patria,
tenían dos o tres y no sabían a cuál pertenecían.*

Stefan Zweig

El mundo de ayer. Memorias de un europeo (Acantilado)

El incesante proceso de globalización que vive el mundo desde hace décadas no es nuevo.

Lo que ocurre es que en la actualidad se manifiesta de manera salvaje afectando negativamente las condiciones socioeconómicas de millones de personas en el planeta, transformando las sociedades y a la naturaleza, y acompañado por el constante surgimiento de nuevas tecnologías y maneras de comunicarse e informarse.

Como señala el filósofo Sánchez Usanos, «la convulsa realidad política y económica del mundo globalizado tiene en los movimientos migratorios una de sus características más señaladas». Se dice que la economía es el núcleo principal de esa globalización, pero en realidad, todos los aspectos de la vida de una sociedad se ven alterados, desde la ciencia y la tecnología o los medios de comunicación, hasta el arte, la política o el turismo.